

EL CUENTO DE ZHOU CHU: ¿UN PRECURSOR SINO- TIBETANO DE LA EDAD MEDIA TEMPRANA DE *BEOWULF*?

RUSSELL MAETH CH.
El Colegio de México

COMO ES BIEN SABIDO, el dragón es una criatura fantástica que se encuentra en el bagaje cultural de todos los pueblos del viejo mundo (el continente euroasiático) y en gran parte del nuevo mundo también. Asimismo, es muy común la leyenda que cuenta las hazañas de un hombre y su enfrentamiento con un dragón o con monstruos similares, a los que finalmente mata. Para los británicos, esa historia del hombre que derrota a un dragón recae en la figura de San Jorge, aunque también Arturo, hijo de Uther Pendragon, es un asesino de dragones. Para los alemanes, en *Nibelungenlied* —el anillo de los Nibelungos— Sigfrido se vuelve invulnerable (¡casi!) cuando logra matar al dragón Fafnir y se baña en su sangre. Otros ejemplos de personajes mitológicos que enfrentan y matan a un dragón los podemos encontrar en Perseo, Marduk, Hércules, Apolo, San Miguel y Tristán, héroes que por lo general son más conocidos debido a otras leyendas o mitos.

El objetivo de este breve estudio es doble. En primer lugar, pretende considerar dos tradiciones heroicas (una del norte de Europa y la otra sino-tibetana), las cuales narran las historias de hombres que pelean contra dragones (y otros monstruos semejantes), y que guardan un número sorprendente de similitudes. En segundo lugar, se intenta explicar esas coincidencias.

Beowulf

Beowulf es el poema de mayor extensión (3 182 líneas) de que se tiene noticia escrito en inglés antiguo, el idioma de la nación inglesa antes de la conquista normanda (1066). Las dos mejores hipótesis acerca de la fecha y lugar en que este poema fue escrito son la que lo sitúa en Northumbria durante la época de Bede (por 720-750) y la que lo ubica en Mercia durante el reinado de Offa II (757-796).

La narrativa principal del poema está compuesta por tres historias folclóricas para las que las salvajes e históricamente veraces incursiones y pugnas entre los daneses, los gautas, los suecos y los frisonos son solamente incidentales.

En el primero de estos episodios aparece Beowulf, un hombre luchador que es a la vez un gran nadador, quien libera los confines de Ródgar, rey danés, al arrancarle un brazo en forma de garra al monstruo Gréndel, que había atemorizado a la gente de Ródgar durante doce años con sus temibles visitas nocturnas.

En el segundo episodio, el héroe mata a la madre de Gréndel (decapitándola), una espantosa hechicera acuática a quien Beowulf derrota en la cueva en que ella habita, en el fondo de un lago misterioso (descrito en la línea 799 como el "estanco del nicor", siendo "nicor" la palabra usada en inglés antiguo para designar cualquier monstruo acuático o marino). Estos dos episodios se relacionan íntimamente entre sí aunque es en el segundo donde el poema llega a su clímax dramático.

Sin embargo, el tercero de los episodios está escrito en un tono totalmente diferente; en él, Beowulf no aparece luchando solamente por su heroísmo juvenil, o en pos de la gloria. Ahora es un rey sabio y anciano que ha gobernado a los gautas durante cincuenta pacíficos y prósperos años, y que combate y muere en su lucha por salvar a su gente de un dragón lanzafuego que ha assolado la región.

El relato es complejo en lo que a su contenido se refiere. Las escenas en la corte de Ródgar no reflejan a la cultura bárbara del Báltico sino a la culta aristocracia cristiana de una corte anglosajona del siglo octavo. No obstante, durante todo el texto son notorios algunos vestigios de la creencia en símbolos má-

gicos y misteriosos (las “runas”, que son la escritura antigua de los escandinavos), de ceremonias paganas de cremación, y del poder pagano de Wyrð (el destino), que se encuentran junto a alusiones a la fe en el poder de Dios por encima del poder del hombre, así como a la creencia en la existencia de un cielo y un infierno y a la importancia de los pasajes bíblicos desde el pecado original y la actitud pecaminosa de Caín hasta la pasión de Cristo. Nunca se logra una reconciliación total; Wyrð, por ejemplo, representa tanto al destino como al proyecto de Dios acerca del mundo. Pero el poema, en términos generales, se inclina hacia un espíritu cristiano.

Zhou Chu

El relato de Zhou Chu aparece en *Shishuō xīnyǔ* (*Nueva colección de dichos mundiales*), compilada por Liu Yiqing (403-444). Ya que se trata de un cuento relativamente corto, lo citaremos en su totalidad:

Cuando Zhou Chu era joven, era feroz, violento y altanero y era visto por la gente de su región como una gran calamidad. Además, en el río de Yixing [en la provincia actual de Jiangsu] habitaba un dragón, mientras que las montañas albergaban a un tigre. Ambas bestias hacían mucho daño a la gente de Yixing. Sin embargo, se hablaba de la existencia de las “tres fieras”, siendo Zhou Chu la tercera y por mucho la más temible. En una ocasión alguien le dijo a Zhou Chu que era urgente que él matara al tigre y decapitara al dragón —con la esperanza de que si él hiciera esto [cuando mucho] quedaría sólo una “fiera”. Zhou Chu mató al tigre con su espada y luego se sumergió dentro del agua para batirse en las profundidades con el dragón. Por espacio de varias leguas el dragón se levantaba y emergía a la superficie para después volver a hundirse en las profundidades del agua, pero Zhou Chu lo siguió de cerca. Esto ocurrió durante tres días y tres noches enteros. La gente de la región decía que para ese momento tanto Zhou Chu como el dragón ya deberían estar muertos y se alegraba más por ello [de lo que se alegró cuando Zhou Chu mató al tigre]. Sin embargo, Zhou Chu mató finalmente al dragón y salió a la superficie. Al hacer esto logró escuchar que la gente se regocijaba y por primera vez entendió cuánto lo odiaban, de manera que decidió cambiar su manera de comportarse. Consecuentemente viajó a la capital en busca de los hermanos Lu [eruditos que destacaban por su honestidad y rectitud]. Un hermano

no estaba en casa, pero Zhou Chu logró entrevistarse con el otro, a quien contó todo lo que había acontecido para después añadir: "Ahora quiero cambiar, pero han transcurrido muchos años y no he realizado nada." Lu contestó: "Los ancianos veneraban el aforismo que dice 'Un hombre puede morir tranquilo al ponerse el sol, si en la mañana ha escuchado la Verdad'. Además, todavía tienes tu futuro frente a ti; lo que la gente odia en realidad es que uno no tenga un objetivo seguro en la vida. ¿Por qué tienes que estar atribulado por una simple falta de buena reputación?" Inspirado de este modo, Zhou Chu comenzó a trabajar con un deseo de cambiar su manera de comportarse, y al final él llegó a ser un funcionario leal y un hijo filial.

Como en el caso de *Beowulf*, el contenido de este cuento es también complejo. Primero se representa a Zhou Chu como un hombre violento que oprime a sus vecinos, y luego como un hombre valiente que desea enfrentarse mano a mano, solo y sin ayuda, contra un tigre y un dragón. Estos dos aspectos de su conducta, pero particularmente el segundo, se refieren a la tradición del *xia*, o persona (hombre o mujer) que en la China tradicional era experta en las artes marciales (y que a menudo tendía a manifestar una conducta caballerescas —"el caballero andante chino"). El hecho de que Zhou Chu haya reconocido su situación dentro de la comunidad, y el haber recibido el consejo de Lu lo condujeron, sin embargo, a cambiar su actitud y a adoptar la prevaleciente ideología confuciana tal como se ejemplifica en las virtudes de la lealtad de uno hacia su soberano y en el amor hacia los padres. Resulta que el Zhou Chu histórico parece haber llevado a cabo una síntesis perfecta de esas dos tradiciones, ya que está registrado que, tras un valiente desempeño en la corte, murió luchando con bravura contra los bárbaros Di. Tal como se relata la historia, el confucianismo triunfó.

Los dos relatos, como ya se mencionó; muestran similitudes generales. Consideraremos algunas de estas semejanzas minuciosamente. Ambos héroes son "hombres poderosos", expertos en el uso de la espada y además son grandes nadadores. Zhou Chu no duda cuando se zambulle tras el dragón y pelea durante tres días y tres noches contra él bajo el agua; de igual manera, el motivo de la natación se encuentra a lo largo de *Beowulf*. Por ejemplo, las líneas 481-578 de ese poema están dedicadas a hablar de cuando en su juventud Beowulf perma-

neció cinco días nadando bajo el agua con su amigo Breca, durante los cuales (con una espada en la mano) mataron a muchos monstruos marinos. Acerca de sus proezas personales durante el pasaje bajo el agua, Beowulf dice (líneas 536-554):

Padecí de este modo el acoso constante de seres malignos; con mi espada excelente respuesta les di, como aquello exigía. Mal consiguieron lograrse la dicha de un rico banquete, de poder devorarme gozando su fiesta en el fondo del mar; muy al contrario, al alba en la playa los monstruos yacían heridos por hierro, muertos a espada.

Quiso el destino que a nueve alimañas mi hierro matase. No sé que jamás bajo el cielo se diera más dura batalla, que nadie en las olas tal pena sufriese. De las garras salí sin embargo con vida.

Estas líneas sirven tanto para demostrar la valentía de Beowulf bajo el agua, como para anticipar la gran pelea que sostuvo con la madre de Gréndel. En otro episodio (líneas 2222-2229), Beowulf es descrito nadando con no menos de treinta cotas de malla sobre su espalda:

Tampoco fue mala la recia batalla en que Híglak cayó, cuando el rey de los gautas, amigo del pueblo, quedóse sin vida en la tierra frisona, al hijo de Rédel el sorbo del hierro, su herida mató. Solamente Beowulf regresó por las aguas, nadando con fuerza: treinta cotas de malla en su espalda tenía el osado guerrero al echarse a las olas.

La historia de Beowulf y Breca está en el contexto de lo que se llama “la burla (o mofa) de Unferth”. Unferth es el típico “consejero malvado”, pero sus consejos hacen que sea Beowulf el más resuelto a lidiar con Gréndel. Así es como Unferth juega aquí un papel igual al de aquel consejero anónimo que, con mala intención, anima a Zhou Chu a matar al tigre y decapitar al dragón.

El tigre y el dragón también constituyen, por sí mismos, un paralelo más entre los dos relatos. De los diversos héroes que se mencionaron en el primer párrafo de este ensayo, ninguno parece haber peleado nunca contra dos enemigos a la vez como lo hicieron Beowulf y Zhou Chu. El siguiente paralelismo es que los dos se enfrentan contra un adversario en la tierra (Gréndel/el tigre) y contra otro bajo el agua (la madre

del Gréndel/el dragón). Además, también los dos decapitan a sus adversarios submarinos.

El clímax dramático del relato de Zhou Chu ocurre cuando éste emerge del agua y experimenta “el shock del reconocimiento”: “Logró escuchar que la gente se regocijaba y por primera vez entendió cuánto lo odiaban.” Una escena bastante similar —aunque en un principio la emoción es desesperación— ocurre también en *Beowulf* (líneas 1477-1491 y 1505-1515).

Pronto observaron los bravos guerreros que arriba con Ródgar miraban el lago cómo furiosas hervían las aguas, teñidas de sangre. Los sabios ancianos del blanco cabello entre sí decían que ya no esperaban que el héroe volviese, que no tornaría trayendo victoria ante el ínclito rey. Muchos pensaron que supo abatirlo la loba de mar. La hora nona llegó. Se alejaron del lago los fieros skildingos, regresó con su gente el amigo del pueblo. Tristes allá se quedaron los gautas, mirando las aguas; ya poco esperaban volver a encontrar a su amado señor [...]

Hasta las líneas 1505-1515:

Salió de las olas el fiero señor protector de su gente; consigo traía, feliz, su botín, el pesado trofeo. Acudió presurosa la tropa aguerrida; dieron gracias a Dios; gozosos estaban viendo a su príncipe a salvo de nuevo.

Finalmente, tanto Zhou Chu como Beowulf (líneas 2058-2061) cuando eran muy jóvenes fueron menospreciados, pero ambos terminaron sus vidas siendo modelos de excelencia.

Los paralelismos existentes entre las historias de Beowulf y Zhou Chu parece que trascienden la categoría de una coincidencia “ciega”, si queremos explicarlos de manera convincente. Sin embargo, aun para el lector casual de literatura oriental y occidental tales paralelismos tan curiosamente cercanos no son nada nuevo, ya que, por ejemplo, ¿no descubrimos una Cenicienta en un texto chino del siglo IX, en el que incluso aparece el personaje de la hermanastra envidiosa así como el motivo de la zapatilla olvidada en el baile? ¿No encontramos también a Odiseo y su aventura con Polifemo en una historia registrada en el *Tàipíng guāngì* (de finales del siglo X)? ¿O un león y un unicornio ocultos en una glosa temprana sobre el

Libro de los cantos? ¿O un parangón semejante en Caedmon (fl. ca. 657-680), el ignorante vaquero inglés, y Hui-neng (638-713), el ignorante cocinero chino, quienes alcanzaron una iluminación intuitiva mística y pudieron expresarla en versos memorables? El antropólogo norteamericano Julian H. Steward elaboró una serie de apotegmas cuasimatemáticos para determinar qué tan probables o improbables son esas coincidencias con base en la mera casualidad. Otra explicación sería la que nos refiere al concepto de Jung de los arquetipos, pero esta teoría nunca explica de manera adecuada las *discrepancias*. Por último, otra explicación de estos paralelismos es la de la difusión; a primera vista, esta explicación también parece poco verosímil, especialmente si se aplica a China y Europa del Norte a principios de la Edad Media.

Empero, permítasenos atender por un momento las observaciones de Joseph Campbell (*Mitología creativa*, capítulo 3), a quien también debemos el ejemplo de Caedmon/Hui-neng: “Sin embargo, es un hecho el que en los primeros años de la Edad Media hubo grandes migraciones de pueblos audaces entre Europa y el Lejano Oriente.” Y continúa diciendo:

En épocas tan remotas como el siglo V de la era cristiana, Europa, China y la India fueron abatidas simultáneamente por tribus similares de hunos. Se expandían los dominios y la influencia, en el interior de Asia, de una dinastía de vigorosos reyes tibetanos desde el periodo de Songtsen Gam-po (630) hasta la muerte de Ral-pa-chen (838). En el camino de las caravanas hacia China se encontraban monasterios nestorianos y maniqueos hasta llegar al reino del fanático emperador Wu-tsung (841-846). Y [...] existe algo más que una similitud incidental entre los mitos y leyendas de los celtas y los japoneses de la Edad de Hierro [...].

De acuerdo con Campbell (citando a Miguel Asín y Palacios, *La escatología musulmana en “La divina comedia”*), otro medio de conexión, además de la guerra y la conquista, lo representó el comercio:

Desde los siglos VIII al XI fue llevado a cabo un activo intercambio comercial entre los países musulmanes del Este y Rusia así como con otros países de Europa del Norte. Las expediciones salían regularmente del Caspio y, ascendiendo el Volga, llegaban al Golfo de Finlandia y así atravesaban el Báltico hasta llegar a Dinamarca y Gran Bretaña, e in-

cluso a tierras tan lejanas como Islandia... En el siglo XI, el comercio se hacía a través de una ruta marítima más fácil, cruzando el Mediterráneo, y era desempeñado principalmente por navas venecianas, genovesas o musulmanas.

Asimismo, se abrieron tres nuevas vías, tal como lo destaca Campbell, citando nuevamente a Asín y Palacios: el restablecimiento de los peregrinajes a Tierra Santa, mismos que florecieron después del protectorado franco que Carlomagno impuso sobre las iglesias cristianas del Este (768-814); las Cruzadas; y, quizá la más importante de todas, el contacto de la civilización musulmana con la europea, en España y Sicilia.

El historiador americano William H. McNeill también habla de un "gradiente de las estepas" (*steppe gradient*), ya que durante milenios la vasta llanura que se extiende entre China y Europa fue testigo del reflujó y el paso de innumerables migraciones bárbaras que quizá llegaron hasta las costas del sur de China (cultura "Dongson") o Japón (cultura de los cabalgadores).

Esta naturaleza relativamente ecuménica del mundo euroasiático medieval es quizá un hecho que muy a menudo se pierde de vista, especialmente en el caso de los estudiosos de literatura. Así que, si se nos permite, ahondaremos más en este aspecto, teniendo nuevamente como guía a Joseph Campbell:

En todo el mundo de Europa y Asia no existían sino cuatro idiomas distintos de erudición, ciencia y religión: en el Levante, el árabe; el latín en Europa; el sánscrito en la esfera de la India, y el chino en el Lejano Oriente. Y así como el árabe era el idioma dominante de los dos existentes en el Oeste, el sánscrito lo era en el Oriente.

Después, Campbell procede a subrayar una de las consecuencias literarias más asombrosas de esta situación:

Un ejemplo concreto que ilustra de manera idónea las rutas, trayectorias y transformaciones a través de las cuales el bagaje cultural oriental pudo pasar del sánscrito al latín y de éste a la vida europea, lo constituye un libro de fábulas de la India, el *Panchatantra* ["Cinco títulos", una colección de cuentos escritos en sánscrito entre los años 300 y 500 de nuestra era]. Transcrito al idioma persa alrededor del año 550 d.C., para el rey sasánida Khosru Anushivran (531-579), de ahí fue pasado al árabe por el año 760, con un nuevo título: *Kalilah y Dimnah; Las*

fábulas de Pilpay; éste fue traducido al sirio por el año 1000; al hebreo en 1250, y al español antiguo en 1251. Hacia 1270 apareció una traducción latina del hebreo, *Directorum humanae vitae*, misma que luego pasó a ser, en 1481, *Buch der Byspel der alten Wysen*, y, en 1552, la obra *La moral de la filosofía*, de A.F. Doni, la cual en 1570 sir Thomas North convirtió en *The Moral Philosophie of Doni*: después de todo lo cual, finalmente, en el siglo XVII, tenemos las elegantes *Fábulas* de La Fontaine, quien en 1678, en su introducción al segundo volumen escribió: “*Seulement je dirai par reconnaissance que j’en dois la plus grande partie à Pilpay, sage indien. Son livre a été traduit en toutes les langues.*”

Recientemente ha sido descubierta otra vía de contacto, muy anterior a las expediciones hunas y a la difusión del *Panchatantra*: “la conexión sarmatiana”, según la cual, la leyenda del rey Arturo y de los caballeros de la mesa redonda, así como otros acontecimientos estrechamente relacionados con la búsqueda del Santo Grial, en última instancia se derivan de las tradiciones de los sarmatianos, un pueblo de habla iraní que habitaba las estepas de lo que ahora es el sur de Rusia. Estas tradiciones, que todavía se conservan en el Cáucaso, tratan de un grupo de héroes llamados los narts y comparten muchos motivos y temas en común con la narrativa arturiana (la muerte de un líder y la disposición de que su espada mágica permaneciera en un lago; la lucha por la posesión de un cáliz mágico, etcétera). El aspecto más interesante de este acontecimiento es que 5 500 sarmatianos de la tribu de los lazyges fueron enviados poco después del año 175 d.C., como caballeros acorazados, o *cataphractarii*, hacia Gran Bretaña para reforzar a los guerreros romanos a lo largo del muro de Adrián, donde posteriormente establecieron un *vicus*, o colonia de veteranos, en Bremetennacum, fuerte que protegía a los romanos, situado cerca de la moderna ciudad de Ribchester, en Lancashire, donde aquella colonia permaneció por varios siglos. Incluso se ha llegado a especular que el semilegendario rey Arturo muy bien pudo haber sido descendiente de estos inmigrantes sarmatianos.¹

¹ Un curioso y simétrico paralelo del establecimiento de una colonia de veteranos sarmatianos en Inglaterra, es la posible existencia de una colonia de veteranos legionarios romanos cerca de Yongchang, en la provincia occidental china de Gansu. Según *Hànshū* (*Historia de la dinastía Han Occidental*, cap. 70), un ejército chino que

Desafortunadamente, no hay ninguna conexión tan clara entre los relatos que ahora nos ocupan, el de Zhou Chu y el de Beowulf. Sin embargo, hay uno o dos puntos que pudieran sugerir una posible relación. Los escritos de Bede el Venerable (quien, de acuerdo con algunos estudiosos de la materia, fue contemporáneo del autor anónimo de *Beowulf*), y en particular su importante obra *Historia Ecclesiastica Gentis Anglorum*, presentan ciertas características indudablemente orientales, como la mención de “infiernos de hielo”, que no forman parte de la escatología bíblica sino que se derivan de las tradiciones budistas y jainistas que penetraron la cultura islámica a través del zoroastrismo (como lo menciona Campbell, citando una vez más a Asín y Palacios y a su estudio acerca de las influencias islámicas en *La divina comedia*). El segundo bloque de datos sugerentes está relacionado con el Zhou Chu histórico. Como hemos dicho, Zhou Chu murió peleando valientemente contra los bárbaros llamados Di, y éstos fueron precisamente los precursores de los tibetanos que llevaron a cabo una conquista tan amplia en Asia durante la Edad Media temprana, un pueblo con una estructura tribal relativamente libre que más bien se encontraba organizado en grupos de guerreros bajo las órdenes de un solo líder poderoso.

Un posible e interesante paralelismo de difusión con los cuentos de Beowulf y Zhou Chu quizá se encuentra en el *Cantar de Hildebrand* (*Hildebrandslied*), un fragmento anónimo

peleó en el año 36 a.C., sobre el río Talas contra los hunos, tomó por asalto la capital del líder (*shanyu*) huno y capturó a 145 mercenarios extranjeros, quienes habían sido vistos antes de la batalla practicando “la formación de la escama del pez (*yu lin zhen*)”, expresión que ha sido interpretada por varios estudiosos como refiriéndose a la formación romana de escudos trabados (*testudo*). Se especula que dichos mercenarios eran el remanente de los cautivos de los partios en su gran victoria sobre Crassus de Carrhae 18 años antes. En el año 5 d.C., se estableció una ciudad en Gansu, llamada Ligan (o, Lijian), nombre casi igual o idéntico a la designación china para Media, Siria, o quizá para todo el imperio romano oriental. En el año 9 se cambió el nombre por el de Jieli, que puede ser interpretado como “prisioneros capturados en un asalto a una ciudad”. J. Needham (*Science and Civilization in China*, Cambridge, 1961, vol. 1, pt. 7, p. 237) concluye: “Todo parece indicar, entonces, que los romanos que quedaron se establecieron y formaron una colonia militar sobre la antigua Ruta de la Seda [que partía de Gansu], donde se casaron con mujeres chinas y pasaron el resto de sus días.”

que viene a ser el único vestigio de la poesía épica germánica aliterativa, compuesto hacia el año 800 dC, y del que se dice que es el poema más antiguo escrito en la vieja lengua germánica que ha llegado a nuestros días. En él se cuenta el relato —familiar para aquellos que hayan leído la obra de Matthew Arnold, “Sohrab and Rostum: An Episode”— de dos guerreros, un padre y su hijo, quienes, ignorando el parentesco que los une, se batieron en un duelo en el cual el padre derrota y mata al hijo. En la versión germánica, los protagonistas Hildebrand, el padre, y Hadubrand, el hijo, son descritos como guerreros “hunos”. La misma historia aparece, tal cual, en el *Shāhnāmah* (*Libro de los reyes*) de Firdusi (935-1020/26 d.C.), de donde Arnold la tomó para elaborar su obra. Firdusi se refiere a Sohrab y a Rostum como “tártaros”, lo cual significa que probablemente pertenecían a una tribu del centro de Asia de habla altaica. El contraste con Beowulf/Zhou Chu es que en este ejemplo la tradición surge primero en el Oeste, pero en ambos casos puede ser identificada con un origen asiático. En conexión con esto, es quizá interesante también que el estudioso hindú Coyaji haya sido capaz de establecer algunas comparaciones asombrosamente detalladas entre el *Shāhnāmah* y la leyenda épica china *Feng-shen yen-i*, de los siglos XV o XVI (cfr. J. Needham, *Science and Civilization in China*, Cambridge, 1961, vol. 1, p. 165). Otro paralelo sino-iraní es la leyenda del rey blasfemo que dispara flechas hacia el cielo (Needham, *loc. cit.*). Parece que esta leyenda vino de Persia y se les atribuye a varios gobernantes chinos, incluso al último príncipe del estado de Sung en el año 286 a.C. Y más recientemente, el distinguido erudito y traductor Yang Xianyi (*Yiyú oúshì*, Pekín, 1983, pp. 80-81), ha escrito sobre el posible origen oriental del *Nibelungenlied*.

Por el momento, no podemos avanzar más en el estudio de nuestras dos narraciones. Sin embargo, y de manera muy tentativa, concluiremos que el *Beowulf* y el cuento de Zhou Chu están más que relacionados casualmente, y no es improbable que esa relación se haya dado a través de la difusión hacia Occidente (vía la guerra o el comercio, directa o indirectamente) de una tradición sino-tibetana. Es así que constituyen un ejemplo más de las muchas tradiciones tempranas del mundo

medieval euroasiático compartidas por los distintos pueblos que lo conforman.

BIBLIOGRAFÍA SELECTA

- BEOWULF, en Frank Kermode *et al.* (eds.), *The Oxford Anthology of English Literature*, Londres, 1973, vol. 1, pp. 20-98; la versión citada en español, sin embargo, es la de Luis Lerate (*Beowulf y otros poemas épicos...*, Seix Barral, Barcelona, 1974).
- CAMPBELL, Joseph, *Creative Mythology*, Penguin Books, 1978.
- FUNK & WAGNALLS, *Standard Dictionary of Folklore, Mythology and Legend*, Nueva York, 1972.
- LITTLETON, C. Scott, "The Holy Grail, the Cauldron of Annwn and the Nartamonga", en: *Journal of American Folklore*, 92, 1979, pp. 326-333.
- LITTLETON, C. Scott y Ann C. Thomas, "The Sarmatian connection", en: *Journal of American Folklore*, 91, 1978, pp. 512-527.
- MCNEILL, William H., *The Rise of the West*, Chicago, 1963; en particular la parte II, "Eurasian cultural balance, 500 B.C., 1500 A.D."
- ZHOU CHU, en: *Wèi jīn Nánběicháo wénxuéshǐ zīliào* (Materiales de referencia para la historia literaria de los Wei, los Jin, y las dinastías del Norte y del Sur), Pekín, 1962, pp. 352-354.